T L S

PRIMER ASALTO

"El miedo arrojado por un perturbador sonido quiso callar los rumores que prestigiaban al sub mundo de aquellas risas que el gobierno escupía con hipocresía llenándose la boca con cambios elementales para un verdadero rumbo en su país. Eran mentira, quizá, no del todo."

﻿Sus palabras solitarias se volatizaron al quedar inerte frente a la puerta. La miraba fijamente mientras escuchaba a lo lejos la multitud que lo aclamaba.

La conferencia indiciaria en unos cuantos minutos, y estaba algo entusiasmado. Quería verse bien para dar los resultaos de su tan esperada y costosa investigación.

Debía estar muy al pendiente de quién lo miraba con más interés, ya que el resultado que daría, no era muy grato para algunos. Es más, era verdaderamente, desagradable.

Su mirada permaneció por un momento más sobre la puerta.

Pasó saliva.

El doctor James Beck echó una última mirada a sus apuntes, y se dirigió al pódium. Seguro de sí mismo. Con elegancia, y sin una sola gota de egolatría.

Era el momento, y fue llamado a pasar al frente.

Sus últimas palabras antes de la guerra, fueron:

—Hoy, el mundo revolucionará por completo. Hoy, las naciones enteras por fin tendrán paz contra ese tan despiadado enemigo. Hoy... El crimen organizado caerá antes nuestros pies. ¡Nos ha llegado la respuesta! ¡Ya no nos esclavizaran más! Les presento, la respuesta contra la "adicción" que inhibe completamente los efectos de todo tipo de droga y libera a los enfermos de esa muerte segura. Les presento...

Se inhalaba euforia por todas partes justo antes de...

Nadie se dio cuenta hasta que derrumbó el taburete. No se oía nada con claridad por los aplausos ni se sospechaba. Él simplemente se quedó ahí cómo idiota sin hacer nada. Fue cuando calló de rodillas. Era evidente que estaba muerto cuando se acercaron a verlo en un charco de sangre.

Los reportes indicaron que la mafia americana lo había mandado a matar.

I

Agosto de 1984. Escocia.

LA NOCHE DESOLADA QUE INVITABA a las oscuras ráfagas de viento a entrar por la puerta desenfrenada en fuego, avisaba a la directora del Wildem…

“Gracias Dios, por darme vida y un par de hermosos hermanos…”

Sus ojos saltaron tratando de gritar o ir por ayuda, pero su cuerpo se paralizó ante las devoradoras llamas. Retrocedió cubriéndose el rostro cuando estas se arrojaron contra ella cual cazador…

“Cuida a Roy y alivia el dolor contra las personas de Allen. Bendice sus sueños y llévate sus pesadillas…”

El estremecedor sonido del crujir del techo, hiso desmayar a la regordeta directora, cayendo sólo a un paso bajo su escritorio. El humo inundó sus pulmones y esta se quedó inerte hasta que la alarma contra incendios se encendió, y tal como carreras de caballos, los niños salieron disparados de sus habitaciones sin ni siquiera saber la causa del desmán.

Unos pocos segundos antes de que la alerta se diera, un par de niños escondidos en la cocina, hurgaban entre las reliquias del refrigerador un poco de comida para su acorazada hermana. Sus cabecillas rojas a mitad de la puerta corrían de un lado a otro mientras la luz del refrigerador iluminaba el vaho del frio electrizante en sus pequeños cuerpos semi desnudos. De repente, escucharon un ruido… Uno de ellos, Allen, el más joven, que sostenía un plato de sopa entre sus dedos, miró a su oscuro alrededor. La fachada barroca que no contrastaba nada con la ciudad ni con aquel refrigerador tan “actual”, que deslizaba sombras en el replegar de la vela que Roy, el más grande, sostenía en un intento de sacar la caja de la tarta de fresa de debajo de tanta verdura. Allen insistía en que eran fantasmas, recordando esas noches cuando vivía con sus abuelos, en que un hombre desconocido entrababa a su habitación…

“Si tan sólo fuera más valiente”

Fue cuando, Allen, tomando en cuenta el descuido de Roy, se escurrió entre las tinieblas de la noche, ocultando su maldecido ego en sus entrañas, corrió por la oscuridad, por el frío, por el hambre, desapareciendo de la faz del momento unos minutos. Extrañado, Roy se enderezó y miró a su alrededor, fue entonces que…

Un sonido ensordecedor resonó en el entorno y en sus cabezas.

La alarma recorrió todo el orfanato como una ola expansiva hasta hacer gritar a las niñas en el último piso de los dormitorios. Fadi tomó inmediatamente su suéter, se puso sus sandalias, y con valentía, ayudó a sus compañeras a salir sin lastimarse ni perder la calma. Los corredores eran un caos colosal embarrado entre sudor y miedo; los niños gritaban y se tropezaban con otros tratando de salir. Los dormitorios de los niños y de las niñas, estaban separados sólo por un pasillo, así que eso dificultaba la salida rápida de todos generando una gran masa viviente de mocosos llorando por el pánico.

Al tiempo de que el techo, comenzó a ennegrecer de humo, anunciando el avance del fuego, los primeros dos niveles de las escaleras se bloquearon minutos después. Quedaban unos escasos siete u ocho niños que avanzaron sólo hasta el segundo piso, y ahí se atoraron por el intenso calor sofocante que los paralizó al instante. Entre ellos Fadi, que luchando por no perder la conciencia, rompió una de las ventanas del pasillo que daban a la calle principal; pudo ver bomberos, cuerpos de rescate y casi todos los alumnos que aparentemente corrieron con suerte gracias a la eficiencia de las monjas, entre ellos, Roy, quien al verla con vida, gritó de felicidad tratando de llamar su atención, sólo que… Allen no estaba.

Tras una amarga vista, Fadi decidió no bajar por la ventana a sabiendas de que su hermano el menor era demasiado torpe como salir por su propia cuenta. Ahí surgió una pregunta mientras trataba de ver entre el espeso humo del corredor, ¿qué hacía Allen tan alegado de Roy siendo que era un bebé llorón? Tal vez un mal cálculo de planes la llevó a pensar en esa tontería, sólo que con Allen no existían los malos cálculos.

Ver los pasillos con claridad ye era casi imposible. Las llamas se comían con desesperación las paredes y los techos, provocando su colapso. En varias ocasiones estuvo apunto de morir chamuscada o aplastada por las grandes vigas, o no sabía que era peor, el humo quemando sus pulmones, o su temor de perder a Allen. Fue entonces que… “¡Ahí está!” Corrió hasta él evitando los enfebrecidos obstáculos. Él caminaba con debilidad hacia los baños de las niñas.

— ¡Allen! —Gritó con desesperación— ¡Allen! ¡Aquí estoy!

Él la vio negra del humo, al igual que él… Le sonrió. La quietud de sus pasos hacia ella, eran preocupantes.

No pudo seguir más, al momento en que ella trató que cruzar una trabe incendiada, él desmayó, y bajo sus pies, se abrió el piso consumido tragándoselo e incendiando su cuerpo moribundo. Ella lo perdió de vista al caer… “¡Allen! ¡ALLEN!...” Tronó el piso debajo de ella también, pero… pero…

“Las llamas me comerán… y devorarán el cerebro de Allen y el corazón de Roy”

La oscuridad permaneció a su alrededor. Ahora las llamas estarían por siempre en su muerte, si es que ella no lograba correr con la misma suerte que la de su hermano, pues lo sabía perfectamente, que no habría nadie a su alrededor para salvarla. Si es que lograba borrar la imagen se su hermano prendido en llamas después de pronunciar sus últimas palabras…

"Hermana, ¿quieres oír un secreto?"

•••

8 de Diciembre de 1997.

Los fuegos artificiales retumbaban el cielo bañando con luz al hermoso puente del rio Touloubre en Saint-Chamas, Francia. Era de noche, y la luna era sometida por celebraciones mundanas. La campaña del senador Carthers para “una mejor vida”, ese era el motivo. Todo mundo bailaba y gozaba en una plaza a un kilometro del rio, por consecuencia, las calles se vaciaban y los adversarios, salían a puestear su pueblo.

Los brillos chisporroteaban y parecían caer al agua desde el puente. No se apreciaba tanta su extensión. Apenas era un riachuelo opacado por tanta planta, aun así, muchos decían que era hermoso. Al frente, una mansión realmente grande, rodeada con policías y guardias de seguridad atestados con armas.

"La puedo ver…”

Una sombra humana celaba a la gran casa, la miraba con desprecio mientras se quedaba varada en el puente, cargando un par de armas. Esperaba algo. Las luces multicolores se reflejaban en estas, eran plateadas, modestas, potentes, y orgullosas a la vez. Parecían tener al aire soplando sobre ellas, lo tenían a su favor.

Cuando dieron las doce en punto de media noche, fue tiempo de actuar.

La sombra a perlada por los fuegos artificiales, sonrió retorcidamente y guardó un segundo para concentrarse… y corrió. Corrió con rapidez y certeza sobre la calle apedreada del puente saliendo de este a toda velocidad momentos después que se apagara la iluminación de cada media noche. Guardó las dos armas en sus fundas de cuero a sus costados. Revisó las municiones de repuesto, todo estaba bien, incluyendo el rasero de sobra. Tenía exactamente cinco minutos para entrar a la casa, pues era cambio de turno y el patio trasero de la mansión quedaba expuesto.

Llegó al fin tras por poco y caerse al subir la colina. Estaba escondida entre los arbustos, luego un camino de tierra blanca para hacer rondines, y poco después, la pared. Miró con detenimiento a que los guardias y los sabuesos se fueran. Volvió a mirar para asegurase. Y entonces, corrió a la pared y escaló la piedrosa fachada. Se paró en lo más alto evitando la pasta metálica, no había nadie, y con astucia, evitó tocar los cables electrificados que se escondían entre la pasta. Se detuvo un momento, pues algo le incomodó al darse cuenta que le había olvidado revisar un pequeño detalle. A casi por descender de la pared, quedó una cámara de seguridad frente a ella, se le pusieron los pelos de punta, pero estaba volteada, y en cuanto comenzó a apuntar hacia ella, descendió bruscamente; sus manos se rasparon y una que otra uña se le abrió.

Se pegó a la pared totalmente dándose un tope, revisó el lugar de a lado a lado. Frente a ella se encontraba una capilla de vigilancia cerrada, tras la capilla, un kiosco rodeado por un jardín y tras el Kiosco, una casa de descanso; justo y a un lado, la gran mansión con detalles modernos.

Faltaban dos minutos.

Fue hacia la capilla por un costado que generaba una sombra, miró mas adelante con cautela, no encontró problemas para avanzar. Se tiró al piso para evitar ser vista por las cámaras, y avanzó entre los tupidos hierbajos hasta el kiosco. Todo estaba a su merced, pues pudo ver al grupo de nudistas que buscaba y que estaba en la casita de descanso, siendo manoseadas por los mismos guardias. Eran nueve en total, eso decía el reporte, la decima había muerto extrañamente una noche antes, los guardias manoseadores no estaban al tanto de eso, y como la sombra ya no tenía mas tiempo, ocultó muy bien sus armas, y se unió al grupo de nudistas que bien pudieron haberse confundido con putas. De eso se percató cuando una de las chicas la miró y le dijo: —Llegas tarde, idiota, por poco y nos cuelgan por tu culpa, estos tipos se están poniendo muy intensos—la miró extrañada—. ¿Qué no eres muy joven para esto?

La decadente figura que ciertamente pertenecía a una chica, no era tan joven como aparentaba, eso la molestó, por eso miró con coraje a la vestida y exclamó con penuria:

— ¡Bah! Cállate, bruja. ―rezongó.

—Maldita mocosa—se restregó entre dientes.

La vestida era mitad hombre y mitad mujer, eso se notaba por su barba tan marcada y sus anchos hombros. Llevaba un corsead rojo con negro y zapatos de tacón de 10 cm. Una peluca rubia a chinos denotaba su maquillaje espeso y sus lentes de contacto azules.

Pronto, llegó un hombre que sobresaltaba más su propia estupidez disfrazada con violencia y liderazgo, su porte más adinerado que los demás demostraba significativamente quién mandaba ahí. Dio la orden de que todas se alistaran a la llegada del senador. Ella no esperaba menos de un corrupto a quien le gustaba ponerse esos trajes asquerosos color amarillo mostaza, y no estaba de más mencionar sus ganas de arrancarle la boca de un solo golpe por alardear de su honestidad y de su celibato o ese dichoso amor fiel hacia su esposa, ella al igual que su esposa se contenían la risa al escucharlo hablar ante todos esos idiotas que le creían su blancura.

De pronto, el jefe bien vestido le prestó por un segundo atención a la chica infiltrada. Caminó hacia ella con un sospecho que atravesaba sus ojos y los párpados de sus ojos. Acarició su cabello, ella sintió nauseas, y apartó su mano.

—Desvístete, niña—continuó sin tomar en cuenta su rechazo—, a nuestro jefe le gustarás. Si corres con suerte te escogerá.

—También le gusta el misterio, ¿no?—con altanería—. No es necesario desvestirme. No quiero parecerme a estas putas vulgares. ¿Acaso es que no le gusta mi vestido?

El jefe de guardias asintió con una sonrisa picara y se dio la vuelta. Mandó a los otros guardias al segundo turno, y dirigió a las chicas a los adentros de la gran casa.

A la entrada trasera por la cocina, catearon libidinosamente a todas las putas para resguardar la seguridad de su jefe. Pero antes de que la catearan a la chica sombra, pidió pasar al baño dándole a cambio una mirada con un poco de coquetería al guardia mayor. El hombre aceptó, y ella se alejó siendo perseguida por otro guardia que la esperó afuera, y cuando salió, la llevaron directamente con su amo sin medir las consecuencias y dejándose llevar por los instintos femeninos de aquella joven, claro estaba que la situación se conformaba por puro hombre jefe de la idiotez.

Dentro de la casa, y después de haber caminado unos minutos pasillo tras pasillo, el guardia la hizo detenerse en una inmensa puerta de madera sin barnizar, la abrió, y le indicó el paso. En ese momento, cruzaron miles de cosas por la mente estrecha de la joven. Escenas repetitivas que se avivaban con el continuar de su plan, que se encendían ardiendo con las llamas de momentos perdidos o desconocidos. Y sin saber cómo reaccionar verdaderamente, continuó, continuó paseándose por los pasillos que iniciarían algo que ella ya no podría parar; sólo le quedó respirar hondo, y como siempre, inundar su mente en blanco para que la moralidad no la atacara de repente y ella tuviera que cancelar su plan, sólo bastó para hacerlo, un poco de polvo blanco acongojado en sus fosas nasales, si no más, pero estaría bien, mientras resistiera el golpe.

Entonces, fue que se dejó llevar por el éxtasis de la vida hundida en las entrañas de la sociedad.

Sus pies temblaron al pasar sobre un tapiz blanco e hilado finamente en seda. Miró la cama sosteniendo los titubeos en su boca y presentó la lentitud en su avance; y al llegar al borde de la impotente cama abultada con esponjosidad, las puertas se serraron de golpe tras ella, dejándola sola.

Todo era perfecto, estaba adentro y sola, supuso que vería a su presa en poco tiempo. Para obtener lo que quería, tenía que hacer todo lo que estuviera a su alcance, así que escondió las armas bajo la cama por si necesitaba desvestirse. Luego se recostó en la cama adornada con una colcha café con bordes plateados formando una rosa.

Esperó diez minutos, hasta que de la puerta, entró un hombre obeso y muy bien vestido, dejando atrás a la bola de guardias y guarda espaldas. Era el senador Carthers, que se veía ansioso. Frotaba sus manos encorvándose y soltando una mirada enferma. Vio a la niña sobre la cama, y se acercó a ella lentamente, mientras se le salía la baba.

—Vamos, vamos, hermosa niña, desvístete para mi.

Su voz era perturbadora, llena de poder. La niña le hizo una seña con el dedo para que se acercara, él lo hizo, y comenzó a desvestirse, al igual que ella provocándolo. El obeso comenzó a sudar y a agitarse cual puerco. Cuando ella supo que era momento indicado, estiró su mano y tomó una de las armas con discreción mientras le besaba el cuello, y dijo algo murmurando en su oído.

Él quedó desconcertado.

“Oye… ¿Te gusta tocar el pecho de tu propia sangre?”

El hombre se enderezó de golpe y miró los ojos tan familiares de la niña, pero era demasiado tarde, cuando trató de llamar a los guardias, ella lo calló poniéndole el arma en la cabeza.

—Maldita basura de hombre—dijo con una voz desenfrenada en rabia—. En mi sangre corre tu maldad y tus genes. Me has maldecido con esta ira que no perdona... que no se controla. Yo te volaré la cabeza... Y lo pagarás caro, maldito puerco asqueroso.

La mirada del cenador fue de terror. Y la cocaína que a ella le sangró la nariz, la obligó a disfrutar el momento para poder borrar esas imágenes de su cabeza que ya no la dejarían dormir.

Jaló del gatillo.

La sangre y los pedazos de cerebro volaron y mancharon la cara de la joven, al igual que toda la cama. El cuerpo descerebrado calló sobre de ella. A partir de ahí supo que tenía poco tiempo para salir antes de que los guardias llegaran, así que se quitó al hombre de encima, y se aventuró por el conducto de ventilación.

Dentro de las paredes metálicas y reducidas, escuchó ruido, la perseguían. Se apresuró a llegar al patio trasero, pero el frio la invadía, puesto que sólo llevaba la ropa interior. Aun así ella siguió, y se aguantó el romper en llanto por sus recuerdos que la atacaron repentinamente y sin piedad.

Siguió a gatas, ella soportó, lo soportó como una chica de su linaje y habilidad deben hacerlo. “He vengado al fin a mi madre…” Se decía en voz baja, y cuando menos se lo esperó, llegó al patio trasero y salió del conducto. Corrió con cansancio a la pared, las cámaras pudieron captarla al fin, pero para eso entonces ella ya había logrado su objetivo. Y cuando se dispuso a escalar la pared pedrosa… una bestia enorme la envistió, ella así lo sintió. Azotó de costado contra el pavimento y su cabeza rebotó de lleno. La misma bestia se le encimó y le apuntó con un rifle mientras discretamente mantenía a la vista su espada. Parecía ser un joven general y no una bestia.

— ¡Está detenida! —gritó sin quitarle la mirada de encima.

Sus ojos desfallecieron al casi crujir de su corazón, y una voz le gritó en la cabeza, voz la cual él no quiso escuchar, ya que al ver el rostro de la chica casi desnuda, sintió que un fuerte recuerdo lo golpeaba con remordimiento. Aquella chica con cuerpo de niña, con cabellos largos y rojos, ojos pastosos, piel clara en la que se denotaba un lindo lunar en la mejilla, le recordaron a alguien, y a su mente le vino un nombre, el cual no se atrevió a pronunciar.

Ella pareció pensar lo mismo, el joven, vestido de general, con el pelo bien peinado bajo una gorra formal que llevaba tres estrellas, contra luz parecían oscuros, su color de ojos era confuso, quizá por su manera de mirar. Pero… sí pudo notar unos labios carnosos muy hermosos. Y aunque no tenía tiempo para eso, escuchó a lo lejos a los guardias, aprovechándose del descuido del joven, le apuntó con su arma.

—Suéltame y no te mataré—dijo ella muy presionada, sintiendo que el tiempo la tenía en una silla eléctrica.

Quitó el seguro en forma de amenaza.

— ¿Quién rayos eres?—preguntó él con seriedad.

—La persona que te matará si no me sueltas—y finalizó con un tono verdaderamente estremecedor.

No dijo nada más, eso la enfureció, y como consecuencia, aventó al joven pateando muy ágilmente su entre pierna. Este se quitó, y ella lo remató dejándolo inconsciente con un golpe en el rostro.

Estar frente a la muerte por parte de esa vulgar asesina no le fue de mucha gracia para el general, fue entonces que la hostigosa curiosidad del por qué no lo había matado lo comenzó a carcomer. Pero si quería responder a esa pregunta, sólo bastaba hacérsela a él mismo, ¿él sí la hubiera matado? ¿Y por qué no lo hizo? ¿Acaso sintió él lo mismo que ella en esos momentos? La confusión sobre la palabra amor se hizo presente, pero eso era imposible.

II

18 de Diciembre de 1997. España.

EMNA RISSE, AQUELLA DESALMADA CHICA que se encontraba de compras en una gran plaza en la capital de España. Dentro de una pequeña tienda de pan, dulces y fruta, se mofaba con su ropa extravagante y provocativa de los pequeños niños que tomaban los dulces de gomita de colores entre sus manos. Les decía que si comían de esos dulces, se harían más inteligentes, los pequeños no le hacían caso omiso a su notable mentira, pero sí a su ropa que le dejaba mostrar sus lindas piernas, su pecho un poco voluminoso, y sus hombros tan finos. Hablaba y hablaba de cosas sin sentido, le gustaba divertirse con los niños, mientras comía un montón de golosinas, a pesar de su edad, no le importaba, y se iba, hasta que el tendero le cobraba y la corría por las quejas de las madres de los niños. Ese día no fue distinto.

Su aburrimiento emanaba sobre ese lugar; tanto ruido y disparates corriendo por las calles, no eran lo suyo, así que decidió, después de trabajar, saliendo del país en determinadas ocasiones para ganar dinero, mucho, mucho dinero, gastar en mudarse y empezar una vida nueva, pues a pesar de sólo hablar con los niños, los propios vecinos la acusaban tan vilmente por dichas ropas que tanto le gustaban. No era nada de eso, era algo mucho peor. Alrededor de la ciudad, murmuraban sobre de ella, apodándola la Guarra de Risse, aunque ni ella misma sabía qué significaba eso, no tenía que ver en su forma de ganar dinero.

Tras agarrar una tonelada de dulces y unos cuantos panes, se dirigió al tendero vestido con un delantal a rallas blancas y rojas, con barba blanca y áspera. “¿Cuánto va a hacer, abuelito?”. El hombre la vio sin ninguna sorpresa, chequeó los precios, y levantó el rostro. “Ochenta euros”. Emna tomó su monedero de entre su pecho, con esfuerzos tratando de no tirar sus tan apreciados dulces, y sacó unas doscientas pesetas.

—Umm… Lo siento, abuelito, sólo tengo doscientas pesetas, quince soles, y cuarenta euros—lo miró con ternura—, es que acabo de regresar de viaje y no he ido a cambiar mi dinero al banco.

Sonrió con picardía para esperar un trato especial, pero al ver que el tendero le apuntó con un rifle, y dijo:

— ¡Ya me la has hecho muchas veces, chavala! Págame o…

Ella no se quedó atrás, a pesar de todo, no soportaba a los adultos ni que nadie la amenazara. Le apuntó también, pero con un fusil plateado.

—Si así escomo quiere que lo arreglemos—suspiró profundo sin bajar la guardia—. Dame todo tu dinero. Mételo a una bolsa, y baja tu arma.

—Sabía que os había visto robar en una tienda antes—sin bajar su rifle—. Es verdad lo que todo mundo dice de vosotros.

—Vaya, sí que soy famosa—agregó mofándose—. Ahora, sé que no eres tan valiente como para dispararle a una niña en plano centro. Así que entonces has lo que te digo y baja tu arma.

Lo miró retadoramente mientras comía un chicloso. El tendero analizó las cosas y bajó su rifle. Derrotado, llenó un saco con las ganancias del día.

—No quería que llegar a esto, anciano, pero como veo que ya no me puedo esconder más de la gente tan metida, me mudaré, y jamás me volverás a ver.

—Sé que no sois una niña. Y claro, si no os vas mañana en la noche, la denunciaré.

—No me amenaces, anciano, yo me voy cuando yo quiera. Además, nadie sabe en donde vivo, sólo me han visto por aquí.

Terminó de llenar el saco. El tendero se lo dio y entes de que Emna saliera, rió con fuerza frente al él, y salió disparada de ahí.

— ¡Ladrona!

Fue lo único que se escuchó a unos pasos después de la tienda.

Emna corrió por las calles de España, desenfrenada, libremente, olía en el aire de invierno, la tan rica comida tradicional, los colores del anochecer eran sus amigas, de ella y de las calles, eran todas muy coloridas, y a pesar de que nunca la dejaban de sorprender, decidió tomar un rumbo distinto.

Al llegar a un callejón, saltó una barda que daba a su departamento, eso lo hacía para evitar la avenida principal y arriesgarse a que la siguieran. Bajó de un salto, revisó su mercancía, y gustosa, caminó con quietud entre una calle oscura que daba una fachada de vecindad, con puertas de casas comunes, bicicletas atadas a ellas, lavabos afuera de las casas, barandales de las que colgaban enredaderas, y música, música típica de esa región. Como faltaba muy poco para navidad, también, muchas de las casas eran adornadas por renos hechos de ramillas y luces que soltaban la melodía de jingle bells. Se podían observar las luces de los arboles de navidad desde afuera de las casas, así también como a los padres, muchos de ellos ladrones, traer enormes regalos a sus hogares. Sus esposas los recibían a palazos, pero con grandes besos apasionados, mientras sus pequeños hijos, observaban ilusionados a las enormes cajas envueltas en papel multicolor.

Tal calle con finta de callejón, y que albergaba a puro delincuente de todo tipo, lo llamaban Escape.

•••

Tribunales de apelación. Saint-Chamas, Francia.

El general Giuseppe, sentado fuera de Sala de Juicio, tras haber sido convocado a declarar como testigo y posible sospechoso, sostenía su gorra entre las piernas, pensando en qué decir. Su cabello rizado, rojizo y bien peinado hacia atrás, se alborotaba cada vez que escuchaba el martillo de justicia. Se mordía los labios, tan carnosos y suaves, los había decolorado por tanto mordisqueo, rosándolos y haciéndolo parecer una chica, espeto por sus espesas cejas que parecían un par de cojincillos color rojo. Eso lo salvaba de burlas. A pesar del tiempo, su piel no se había desecho de sus coquetas pecas que tanto odiaba, las chicas no lo dejaban en paz por eso, por eso, ni por sus ojos tan salvajes y cautivadores a la vez, que emanaban liderazgo y apoderamiento de cualquier tierra. Los superiores, como su comandante, por ejemplo, decían que su lunar en la mejilla derecha, indicaba que podían confiar en él, y era cierto, era el hombre más confiable en toda su división, por eso había logrado tantas condecoraciones a tan temprana edad. Y nadie aceptaba las acusaciones de sospecha contra él, era imposible, su record era impecable.

Tras haber esperado un largo tiempo, un policía salió y le indicó su entrada. Este lo hiso y lo primero que vio fue al jurado y al juez. Sintió pánico, pero se abstuvo de mostrarlo. Caminó con moderación por el centro, sosteniendo su gorra por un costado, y se sentó en la silla de testigos. Pasó saliva, y miró a las personas del jurado. “Buenas tardes, señoría” El juez asintió sólo inclinando la cabeza amablemente.

Un hombre, según él, abogado de la defensa “del pueblo”, se levantó con moderación tratando de no arrugar su traje gris tan esplendoroso, acomodó su saco, tomó unos papeles de su portafolio, y se dirigió al testigo sosteniendo un abismal silencio.

Lo hizo jurar ante la Biblia.

El abogado aclaró su garganta y lo miró sugestivamente. Dijo al fin:

—Comandante Giuseppe, o en su nombre completo, que según sus compañeros, nunca menciona ni le gusta mencionar, Giuseppe Leroy Looty. Wow—dijo mofándose sin mucha importancia. Caminando un poco sosteniendo sus propias manos desde atrás—, nunca pensé estar frente a un Looty. Dicen que tiene historia.

—Ser un Looty—miró a otro lado un poco ofendido—, es sólo una coincidencia, es un apellido legal, y no tiene que ver en este tribunal, ¿cierto?

—De hecho sí. Por favor, ¿podría dirigirse al jurado y decir los nombres de todos sus familiares cercanos? —Se dirigió al Juez—. Es para aclarar el punto más importante, señoría.

—Prosiga—aclaró el Juez—, señor Giuseppe.

—Bien—suspiró—. Soy sólo yo.

—Cómo es posible eso, ¿señor Giuseppe?

—Mi padre escapó tras haber descubierto que mi madre esperaba a tres hijos. Cuando nacimos, ella murió.

— ¿No querrá decir: “Se suicidó”?

—Sí, se suicidó—aclaró aun mas ofendido y nostálgico—. Se colgó del tejado cuando su esposo la dejó. Mis abuelos nos decían que él la amaba mucho, al igual que ella, pero ella tuvo una aventura con nuestro padre y… ya sabe.

—Prosiga.

—Mis dos hermanos y yo, Fadi Emna Looty, y Allen Maks Looty, fuimos botados en cuanto mis abuelos murieron a un orfanato en escocía cuando teníamos cuatro años. Poco después, dos años más bien, el orfanato ardió en llamas a causas desconocidas. Mis dos hermanos murieron en el accidente. Sólo quedé yo.

—Señoría. Quiero aclarar, que ellos eran trillizos, dos niños y una niña idénticos. A lo que me refiero, señor «Looty», es que el pasado día ocho del mes presente, fue asesinado el senador Carthers a las doce de media noche con cuarenta minutos, en su residencia muy bien vigilada por cierto, tras haber efectuado una campaña de elección para el candidato presidencial de Francia. Usted fue, en ese momento, comandante en jefe de la protección del senador, ¿cierto?

—Cierto.

—Entonces dígame, ¿cómo fue posible, o cómo ocurrió dicha muerte? Por que según sé, usted tiene el registro de actitud y judicial más pulcro de la historia. Siempre cumple a la perfección con sus ordenes, y muy bien cumplidas. Fue inaudito que haya ocurrido eso. ¡Cómo lo explica!

—De acuerdo. —Se puso cómodo—. Ese día, como usted ya lo sabe, me encargaron la seguridad del senador. Todo iba bien cuando llegamos a la residencia justo a las doce con diez minutos de media noche, tras haber festejado con el candidato. El cambió de turno se había hecho justo antes de que él llegara, pero en cuanto él entró a su habitación para dormir, algo comenzó a tornarse sospechoso. Ya que un grupo de nudistas salió a escondidas mías, y guiados por los guardias personales del senador, al patio trasero. La intimidad del senador es algo que no me concierne, pero descubrí que al llegar, las chicas eran nueve, y cuando se fueron también eran nueve.

—Explique su punto.

—Que —insistió con enfado—, cuando llegué de un descanso dejando a un compañero de confianza al mando, este me informó que estaba con una de las chicas, siendo que las nueve, así como llegaron, se fueron.

—Usted cree que la chica desconocida, ¿se infiltró exclusivamente para asesinar al cenador?

—Sí, así es. Pienso que se confundió con la décima. Un día después, tuve el permiso de indagar entre el contrato ilícito, por mi comandante, de las nueve chicas. Encontré que cuando las contrataron, era diez en total, pero una noche antes, la décima había muerto en un extraño robo a mano armada. Yo azumo que la chica que se logró infiltrar, se hizo pasar por la décima. Ya que la misma arma que mató a la decima se encontró ien la escena del crimen, un fusil antiguo de plata. Con unos extraños grabados que parecen estar en algún lenguaje abstracto. Y para ser sincero, me parece que le falta otra parte. De alguna manera la regla de puntuación es igual en este lenguaje. Muchos suponemos, que como no fue la que mató al senador, tiene que haber otra igual, con el resto de la leyenda.

—Entonces ella debió haberla olvidado.

—Si. Tuvo que esconder las dos bajo la cama, en donde se halló la primera, para poder llegar hasta las últimas con tal de eliminar a su objetivo. No llegó a tanto, eso dicen los indicios, pero toda su ropa se quedó ahí. Salió por el conducto de aire y al escuchar el disparo, inmediatamente yo la seguí. La retuve en la pared trasera tratando de saltar.

—Pero aun así escapó—el abogado escupió sarcásticamente.

—Ella fue una chica muy lista como para poder haber burlado tanta seguridad. Ya lo había planeado desde mucho antes, supongo yo.

—Insisto, escapó.

—Cuando la sometí contra el piso—suspiró a la vez paciente—, ella estaba casi desnuda, y pude ver…

—Ella lo sedujo—lo miró con suspicacia—. ¿No?

—No. Si no que, ella se me hizo tan conocida, que no pude evitar distraerme un poco, ella lo provechó y me golpeó distrayéndome. Fue mi culpa que escapara. Un error dejarme llevar por mis recuerdos.

—Señor Looty—aclaró—, de lo que a usted se le acusa, no es del delito de haber dejado escapar “deliberadamente” al homicida—resaltó las comillas—, sino que se le acusa de complicidad «con» el homicida.

Giuseppe se alteró un poco ante tal difamación. Ofendido y confundido, se puso de pie y reclamó al abogado tan descarado que se encontraba frente a él juzgándolo.

— ¡Disculpe! ¿Cómo se atreven a acusarme de esa manera sin pruebas?

—Siéntese por favor.

Se sentó aplastado.

—Usted «no» conocía a la chica―continuó el abogado―, nunca la había visto, ¿no es así?

―En mi vida la había visto.

―Le recuerdo que está bajo juramento.

―Digo la verdad.

―Pero usted dijo que le traía recuerdos de alguien.

―Los recuerdos son recuerdos, no nacieron para ser sólidos.

―Y supongo que no me negará que esa chica, le trae los recuerdos de su hermana “fallecida” Fadi.

― ¿Cómo lo supo?―Sorprendido.

―Que ¿cómo lo supe?―se dirigió al jurado con ironía―, que ¡cómo lo supe!

― ¿Qué trata de decir?

―Cuando ella bajó de la pared trasera para entrar al patio, se raspó las manos, y dejó un poco de sangre en las cobijas junto con la sangre y los sesos del senador. Se descubrió así por los restos de piel en la pared y en la espalda del mismo. Se analizaron, la de la pared y la del senador, y se halló, que la sangre coincidía con la suya, que está en la base de datos, y con la del senador Carthers—se detuvo un momento frente a él para mirarlo a los ojos queriendo restregarle algo—. Su supuesta hermana fallecida, no está tan muerta después de todo.

“Hermano, cuando crezca, lo mataré por ti. Sé que le odias tanto como Allen.”

Sus latidos resonaron en sus oídos. Tanto tiempo, tantas cosas girando en su cabeza, querían salir y gritar que estaba gustoso de que su propia hermana haya matado a tal bastardo. Y más, quería ir a buscarla para aclarar preguntas, ese era su objetivo, pero sin saber bien si estaba contento por su vida, o estaba decepcionado de que ella fuera una criminal.

― ¿Qué pasa, señor Looty?

Giuseppe inclinó su cabeza un poco, mostrando una combinación extraña de sentimientos, pero no demostró felicidad y debilidad.

―Yo… yo no sabía.

―Conocida como Emna Risse, alias la Guarra de Risse, criminal en España, desde hace nueve años. Se comprobó su repentino viaje temporal a Francia, tras haberse publicado en los medios la campaña dirigida por el senador Carthers.

―En varias ocasiones había escuchado de ella, pero nuca me asignaron un caso de la chica. Era clasificado, aún para mí. No me imaginé, se lo aseguro, que…

El abogado se dirigió al juez y al jurado.

―Propongo que lo suspendan en lo que se asegura que él no tuvo nada que ver.

―Eso es aceptable―dijo el Juez―. Señor Looty, queda suspendido de sus actividades hasta nuevo aviso―dictó sentencia haciendo sonar su martillo―. Apelaremos el fallo dentro de un mes. Mientras tanto, señor Looty, no puede salir del país.

―Pero necesito ir a una conferencia de mi profesión en Inglaterra. ¿Puedo pedir un permiso?

―Señor Looty, como es la primera vez que a usted lo acusan, vamos, tan siquiera que lo acusan, haré una excepción. Ya que he oído de sus superiores muchas cosas buenas de usted, incluyendo que es de confianza. Y como un error lo comete cualquiera, adelante. Sólo que ándese con mucho cuidado. Pueden retirarse.